

Cuando el amor transforma
el dolor en esperanza

Mujer, ¿Por qué lloras?

verbo  vivo®

Patricia Adrianzén de Vergara

Mujer, ¿por qué lloras?

Patricia Adrianzén de Vergara

Editorial Verbo Vivo



Mujer ¿por qué lloras?

© Patricia Adrianzén de Vergara

© Ediciones Verbo Vivo E.I.R.L

Primera Edición Digital

Febrero 2022

Lima-Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú № 2022-01632

ISBN: 978-9972-849-49-7

Cuidado de Edición: Patricia Adrianzén de Vergara

Diseño de carátula: Erika Arenas Adrianzén

Diagramación del ebook: Eduardo Arenas Silvera

Las referencias bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia Nueva Versión Internacional

Derechos reservados: Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin autorización de la Editorial.

Ediciones Verbo Vivo E.I.R.L

Correo electrónico: edverbovivo@hotmail.com

Facebook: Ediciones Verbo Vivo

Web: www.edicionesverbovivo.com

Dirección: Avda. Brasil 1864. Pueblo Libre. Lima-Perú

Celular: +51 997564865

Dedicado a:

Sonia Collado
Susana García
Marisel Ávalos
Yolanda Zeballos
Carmen Rivera
Mónica Mendo
Maritza Rodríguez
Sofía Martín
Ruth Padilla de Borst
Joyce Houck
Consuelo Ruiz de Butrón
Elsa Chigne Campos
Vanessa Acosta
Y a sus familias.

Agradecimiento:

Mi gratitud a Violeta Muñoz de Luna por las entrevistas realizadas para recolectar el material de la primera edición de este libro. Por su amistad y su apoyo constante a mi ministerio de literatura.

CONTENIDOS

Palabras Previas

I. La historia de Sara

II. Las sobrevivientes

III. Mi herencia es un canto

IV. Fiel hasta la muerte

V. Una fe que trasciende la muerte

VI. Con los ojos de la fe

VII. Del dolor y las cenizas a la gloria

VIII. En la red del dolor

IX. Allá en el cielo

X. Compartiendo vida

XI. La historia de Joyce

XII. No está muerta, sólo duerme

XIII. Cuando el sufrimiento lleva una misión

XIV. Tabita, ven a mí

Una carta para ti mujer que lloras

Consejos para una pastoral de consolación

La respuesta de la iglesia

Descripción bíblica del cielo

*“Yo soy la resurrección y la vida;
y el que cree en mí,
aunque esté muerto, vivirá”.*

Jesús

PALABRAS PREVIAS

Nunca será fácil escribir un libro sobre el tema de la muerte. Menos aún si es necesario hurgar en el dolor cuando aún arde el recuerdo. Tuve que escribir este libro por etapas, visitar a las familias, entrevistar a las viudas, conversar con los hijos, orar por sabiduría y sensibilidad hacia sus necesidades. Ser paciente a la dirección de Dios y a la disposición de las familias de hablar y revelar sus intimidades también por etapas y respetar a veces sus silencios.

Fue difícil también porque conocí y amé a la mayoría de los que partieron cuyas historias registré. Porque yo misma tenía muchas interrogantes sobre sus muertes. Escribir las experiencias de estos seres humanos cuyas vidas impactaron la mía de muchas formas. De algunos de ellos recibí amor, instrucción, alegría, dirección y ejemplo. ¡Compartimos tantos momentos! Fue difícil porque amo a sus familias y a veces las lágrimas empañaron el teclado y sencillamente no podía seguir escribiendo. Pero no cesé en mi propósito porque el mejor homenaje que se puede hacer después de la muerte es sacar a la luz la vida, porque no hay aridez en el recuerdo sino plenitud, porque Jesús vino para darnos vida abundante y ellos supieron recibirla y

honrar su nombre. Y porque sencillamente quienes quedaron y luchan a diario nos necesitan.

Fue así como registré trece historias de vida y diferentes maneras de partir. Asesinato, suicidio, distintos tipos de enfermedades y accidentes, etc. Al cierre de esta nueva edición digital del libro, la vida cambió para todos radicalmente con el asolamiento de un virus mortal. La humanidad fue conmovida y no podía obviar contar una historia más, la de un hombre de Dios maravilloso que tuvo que pasar por esta dura experiencia, ya que cientos, miles de personas en todo el mundo pueden identificarse hoy con sus circunstancias. Pues la muerte se precipitó sobre la humanidad en un abrir y cerrar de ojos. Y muchas familias quedaron enlutadas a nivel mundial.

La muerte dejó de ser un tema al que nos referíamos con profunda tristeza de vez en cuando. Nos hermanó a la humanidad. Hemos hecho una trinchera de brazos que no pueden estrecharse en el momento más oscuro, contemplando solo de lejos, zarpar las embarcaciones de nuestros héroes, de aquellos que ayer no más nos sonreían y de pronto dejaron de respirar. Solo en nuestro corazón podemos escuchar el llanto, nos han privado de los adioses, mientras el péndulo de la vida y la muerte sigue con su macabro ritmo. Inmóviles e insomnes al borde de una hecatombe que no cesa, queremos retroceder el tiempo y tener solo una oportunidad más...Nos hemos desgarrado las entrañas y hermanado en el dolor, y estamos aprendiendo a

juntar en silencio y soledad nuestros escombros...pero frente a este desconcierto inacabable tejamos juntos también una esperanza, creamos que más allá de lo que vemos hay un puerto eterno donde anclar, que allí están ellos vivos y luminosos, nos lo prometió aquel hombre que fue más que un carpintero, antes de que él mismo cruzara el puente de la vida por nosotros: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”* (Juan 14: 2)

Nos hemos hermanado en la muerte y el dolor. Sin poder abrazarnos. Estrechémonos en la esperanza. Porque Jesús venció la muerte. Y seamos esos canales de bendición a las familias que atraviesan un proceso de duelo. Disipemos sus sombras, acariciemos sus nostalgias.

Porque recordarlos no tendría ningún valor, si no hacemos algo por afectar las vidas de quienes quedaron, como el homenaje de amor más significativo.

Sea pues este libro un sencillo homenaje a quienes partieron y un abrazo de amor tangible para los que están en medio de nosotros. A ellas, y a ellos mi cariño y profunda admiración.



LA HISTORIA DE SARA

COLOR LUTO

“Al consolar a todos los que están de duelo”. (Isaías 61:2b)

Después del disparo que transformó de la noche a la mañana su vida, Sara eligió el color negro. Sus veintiséis años tuvieron que afrontar de pronto la viudez y la orfandad de sus dos pequeños. ¿Podría resistirlo? El ataúd estaba allí como una prueba evidente que no se trataba de una pesadilla y todos los que iban llegando se lo confirmaban al preguntar por ella y acercarse a darle un saludo suave acompañado de una mirada compasiva. Sara quería escapar. Deseaba volver unas horas atrás, retroceder el tiempo para cambiar el curso de los hechos. Interiormente se sentía culpable, aunque sus pastores le habían eximido culpa alguna cuando ella relató el accidente una y otra vez, una y otra vez frente a las autoridades que sin tomar en cuenta su pesar y sus sentimientos la

detuvieron por horas para hacer las investigaciones del caso.

Jamás pensó que tuviera tantas lágrimas, jamás pensó tampoco que tuviera tantas fuerzas. Ella estaba allí sentada tratando de asimilar su nueva realidad y él estaba frío, inerte, muerto dentro de ese ataúd que le dolía como un permanente desgarró interior que comía su piel, sus músculos, sus huesos. Sí, le dolían hasta los huesos, sentía una sensación extraña en el pecho y una angustia que subía y bajaba por todo su cuerpo, que la recorría de arriba abajo y empezó a paralizar su rostro.

Se sentía suspendida en el tiempo. De pronto, volvía a oír el disparo, volvía a voltear con su niño en brazos y allí estaba su esposo ensangrentado en medio de la calle y todo su mundo roto, todo su mundo hecho pedazos y su encuentro repentino, inesperado con la angustia.

¿Cómo quitársela de encima? Si se expandía y apretujaba todo su ser. Si la empujaba cruelmente hacia la niebla oscureciendo su mirada.

Por ello eligió el negro. Ella lo amaba. Había sido paciente, habían superado juntos muchas dificultades hasta que por fin llegó el momento de establecer el hogar y estaba dispuesta a seguir superando las que veía venir cuando él la sorprendió con su suicidio. Era verdad que estaba ebrio, que su locura sólo podía explicarse con la ingestión del alcohol que ella tanto

rechazaba, que distorsiona la mente y se apodera de la voluntad y que convirtió a su esposo en cadáver y en un segundo eternizó el negro en todo su ser.

CANSANCIO

“Ante él expongo mis quejas, ante él expreso mis angustias. Cuando ya no me queda aliento, tú me muestras el camino.” (Salmos 142:2-3)

El rostro de Sara se ha rebelado contra ella. Una parálisis facial la traiciona. Son tantas emociones amontonadas sobre su pecho. Es tanto el peso que soporta y el cansancio de despertar y sentirse viva cuando él está muerto.

La niña y el bebé le recuerdan que tiene que seguir luchando por respirar. A pesar de todo, la vida sigue su curso y el tiempo no va a detenerse a contemplarla. La distancia con la dicha cobra una dimensión de ogro amenazador. Sus pensamientos no se resignan a aceptar una realidad incomprensible. Pero algo la impulsa a seguir adelante. Tiene preguntas que por ahora nadie puede responder, una inquietud secreta que prefiere ignorar pues cuando piensa en lo que la produce tiene un nuevo encuentro con la angustia.

Se levanta y entrega sin medida una vez más su amor maternal. Guarda en lo profundo de su ser el que le correspondía a su esposo. Y se abre a la consolación de Dios, él es su única esperanza de renacer, de seguir caminando por un sendero demasiado duro y solitario.

Dios, su amor y su palabra. No mirará a otro lado. Dios grande en misericordia, quien sustenta a la viuda y al huérfano, quien recoge nuestras lágrimas en su redoma.

SABOREAR LA FORTALEZA

“Me ha enviado a darles una corona, en vez de cenizas, aceite de alegría en vez de luto, traje de fiesta en vez de espíritu de desaliento”. (Isaías 61:3)

La sonrisa de Susana contrasta con la expresión triste de su madre. Pero poco a poco Sara sonríe también con cada ocurrencia de la niña, mientras caminamos las tres en busca de un helado y un refugio. Me gusta que Sara sonría. El negro es un color que a veces puede lucir agradable, pero no cuando marca la estirpe del dolor. Yo anhelo menguarlo y sé que es muy poco lo que puedo hacer, que mi compañía esa tarde y las horas que invierta no serán suficientes, pero la sonrisa que a ratos se dibuja en su rostro me anima a seguir adelante.

Descubro y aprendo a amar la inocencia y el corazón de Susana. Sus preguntas sobre la vida mientras caminamos y sus reflexiones y pensamientos que deja escapar sin reservas. Le hago saber mi satisfacción de conocer ahora no sólo su exterior de niña inquieta sino su corazón que resultó ser muy grande. La observo e interiormente agradezco a Dios que la tragedia de su padre no haya terminado con su alegría.

Susana saborea el helado y sigue propiciando nuevas sonrisas que son como destellos de luna en el rostro de su madre. Ella y yo bebemos el nuestro lentamente intercambiando preguntas y respuestas de mutuas confianzas. Y de pronto descubro en Sara la fortaleza, la fuerza interior que la hace enfrentar un nuevo día y que ambas reconocemos proviene de Dios.

DOS MESES SIN RESPUESTA

“El Señor esta cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los de espíritu abatido”. (Salmos 34:18)

Sé que las lágrimas que resbalan por el rostro de Sara son necesarias. Estaban dentro de ella oprimiendo con fuerza y debe expulsarlas con sus dudas y palabras para llenar ese vacío con respuestas que provengan de los absolutos divinos. Han pasado dos meses desde la muerte de su esposo y sé que necesita clarificar la sombra a la que se ha reducido su vida.

Siento en mí misma su dolor. Ojalá eso significara que le doliera menos, pero sé que no puedo evitarlo. El dolor la oprime y tal vez sólo pueda darle forma a alguna esperanza, pensar en un ungüento que la alivie.

Dios nos auxilia desde el cielo y me recuerda sus promesas y su misericordia. Atesorando cada una de sus lágrimas emprendo la difícil tarea de intentar una respuesta sabia que pueda devolverle la calma en medio de una tormenta de dudas. Las olas se levantan inmensas en sus pensamientos y amenazan con anegar

nuevamente su alma. Y pienso que ha llegado el momento que ella aprenda a caminar tomada de la mano de Jesús sobre las aguas.

UNA NUEVA RUTA PARA SUS PASOS

Dos hijos pequeños y el vacío. Dos hijos y la soledad. Dos hijos y un futuro por delante. Madre y padre a la vez. Sara entiende que a ella le toca ahora sacar adelante el hogar, que no bastan el apoyo familiar ni la mínima pensión que le dejó el esposo, pues perdió muchos de sus derechos al ocasionar él mismo su muerte. Los niños crecerán y con el tiempo también sus necesidades. Se mira a sí misma y descubre que puede prepararse mejor para enfrentar aquel futuro donde sólo Dios puede recompensar su esfuerzo. Sara empieza a estudiar una carrera corta, una profesión que le permita el día de mañana proveer para el hogar. Sabe que el esfuerzo será mayor, así como el cansancio. Que la cuota de sacrificio incluirá también dejar al bebé con la familia por varias horas, olvidarse de su tiempo de descanso, pero está dispuesta a aprender y a luchar. Su juventud y un deseo de superación la impulsan a no esperar solamente un futuro sino a tomar parte en él.

Cada mañana Sara despide a la niña mayor que va a la escuela, deja al bebé en brazos de la abuela y luego de terminar los quehaceres de la casa, se apresura hacia las clases que tal vez hagan de ella el día de mañana una maestra. Por la tarde regresa apurada, atiende a

los niños, ayuda a la mayor con sus tareas, vuelve a saciar las necesidades de los hijos y posterga las suyas. El silencio, la soledad y el frío de la noche, la sorprenden muy tarde haciendo las tareas que al día siguiente debe entregar. A veces piensa que no va a poder resistir tanta presión, tanta exigencia, que el cansancio es demasiado y que su fragilidad vuelve a ceder a su nerviosismo.

De pronto el bebé llora y también exige, la madre enferma la requiere, la hija mayor tampoco entendió por completo la lección y casi ya no hay tiempo para ayudarla. Sara siente lejos a Dios, a duras penas en sueños levanta tristemente su brazo y cuando va al Templo quiere gritar a los que la rodean: "Aquí estoy", pero su timidez se lo impide y pocos perciben la sombra que la acompaña.

"Aquí estoy, mírenme. Huelo a tristeza todavía. ¿No perciben el dolor de mis ojos? ¿Acaso el olor de mi penumbra? ¡Ayúdenme a despojarme de ella! No quiero caminar más con premoniciones de dolor. Sé que en Cristo está la vida, por eso no he muerto también. He experimentado el consuelo de su Espíritu Santo, pero me hace falta aún tu amistad para levantarme. Soy tan tímida, que espero que seas tú quien extienda tu mano. Además, la terrible experiencia que viví ha dejado en mí una tremenda inseguridad, un concepto muy pobre de mi propia valía y no sé cómo salir de esto. ¡Ayúdenme!"

Sé que el día que alguien acerque a ella su amistad, y pregunte por su sonrisa, el día que alguien la tome de la mano o la ayude con los niños, volverá a sentir el abrazo tangible de Dios.

¡AH, ESA PREGUNTA!

“Con amor eterno te he amado, por tanto te prolongué mi misericordia”. (Jeremías: 31:3)

Sara tiene una pregunta secreta que desde meses atrás está haciendo oscuros todos sus rincones. Ella piensa que tal vez yo pueda responderla y con mis palabras abrir un tragaluz sobre su techo.

—Si Dios es un Dios de gracia y misericordia, ¿es verdad que él está condenado? Si él recibió la salvación por la fe, aceptando a Jesucristo como su Salvador personal, ¿es verdad que perdió el derecho de entrar a su reino por aquel momento de locura? ¿Es que Dios no puede entender que él no estaba en sus cabales? ¿Puede un disparo cerrar la puerta de entrada a la eternidad? ¿Es verdad que quienes se suicidan se condenan? —Sara busca en mis ojos y mis labios una respuesta.

Y tomo conciencia, que no todo podemos comprenderlo. ¡Ah los conceptos rígidos de los hombres que nos lanzan al desespero y a la penumbra! Sólo hay algo infalible y verdadero, es aquella palabra eterna de Dios donde él nos ha revelado casi todo, porque hay misterios Sara, que nosotros no podemos

descifrar. Sólo aferrarnos a esa gracia y misericordia infinitas y recordar que tu esposo había entregado en un acto de fe mucho antes a Jesús su vida. Y que él registró palabras tan importantes como estas: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.[1] Es verdad que luego él no fue fiel, que tenía serias luchas con el licor y otras cosas tan triviales e inauditas para alguien que conoce la verdad, pero sólo puedo decirte que detengas el llanto desolado de tu vida, pues recuerdo que Jesús también lloró frente a la tumba de un amigo y es capaz de comprender perfectamente tu dolor y angustia. Ah Sara, sólo esperemos, no en un vacío angustiante, no en un aguacero de dudas, no en una sinrazón, sino en la certeza de la gracia, misericordia y el amor eterno con el que él nos ha amado.

MUJER, ¿POR QUÉ LLORAS?

“Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer ¿por qué lloras?” (Juan 20:14-15)

Ah mujer, quién pudiera mirar tu corazón y entender el tumulto que hay aún en tu alma. Tus padres me buscan preocupados en la nueva ciudad en la que habito y entiendo perfectamente los sentimientos que describen. Imagino una vez más tu mirada quieta y

opaca, casi puedo leer a través de ella; duelo, muerte, llanto, tristeza, soledad. Palpitaciones, pecho, corazón, joven, viuda, lágrimas, hijos, soledad... olvido, imposible, revólver, suicidio, féretro, duelo, duelo, duelo. Incomprensión, vacío, dolor, desolación...

Ah, mujer, quien pudiera acariciar tu corazón en este instante, sólo hay alguien que puede dar consuelo, paz, alegría, promesas, gozo, calor, sentido, esperanza. Me miras desde la lejanía y tus ojos tristemente interrogan ¿esperanza? Sí, esperanza. Recuerda que hubo una mujer que lloró también en el sepulcro cuando lo halló vacío, tan vacío como sientes ahora tu corazón, y sus lágrimas le impedían ver que él estaba allí resucitado, parado frente a ella, en un principio ni siquiera pudo reconocer su voz. Pero cuando la llamó por su nombre ¡María! Lo reconoció y se tiró a sus pies gritando ¡Maestro! El estaba allí, él estaba allí cerca y vivo.

Ah mujer, aunque no lo veas, Jesús está parado al lado tuyo pronunciando tu nombre. El recoge cada lágrima que viertes y te acaricia. Sólo él podrá calmar algún día tu llanto. Sólo él, vivo y resucitado es el testimonio y la esperanza de la resurrección y la vida eterna en la que necesitas tanto creer ahora.

UNA CARTA

“Este es mi consuelo en medio del dolor, que tu promesa me da vida.” (Salmos 119:50)

Una carta llega desde la distancia y en ella todo el dolor acumulado de los años que han pasado y aún no se han llevado por completo la pena y el temor. Sara escribe y sus líneas destilan el aroma de la nostalgia por la amiga que partió y en la que podía confiar sus dudas. Allí está aún la fe batallando y la sonrisa perdida. La nostalgia de la felicidad que una muerte prematura se llevó. Sin embargo, en medio de la bruma descubro aún un tenue resplandor. Y es tu amor por Dios, Sara, en respuesta al suyo. Ese amor que, si bien es cierto, no resplandece ahora como el sol al mediodía con toda su fuerza, está allí prendido en tu corazón y abriga tus días de soledad.

En medio de todo reconoces que Dios ha sido bueno contigo y anhelas volver a sus brazos como una niña indefensa en busca de refugio. Vuelve Sara como dijera el salmista “Desde los confines de la tierra te invoco, pues mi corazón desfallece; llévame a una roca donde esté yo a salvo”.[\[2\]](#) Pon tu confianza en esa roca y elévate, elévate a las alturas, elévate más allá de la tristeza, más allá de la angustia, más allá del tiempo y de tus lágrimas. ¡Renace!

Abre tu corazón para que escuches un batir de las alas que se aproxima. Un batir de alas misterioso. La paloma de la fe está volando hacia tu nido. ¡Atrápala!

Mira, el sol asciende sobre tu horizonte, ya no se eclipsa la vida. ¡Disfrútala! Tus hijos crecen, la vida surge de sus sonrisas. El mundo se resquebrajó ayer

pero hoy ya estás viviendo el mañana en el que ayer no creías. ¡Te has levantado de la bruma! Y Dios ha escuchado hasta tu silencio.

Desde aquí al recorrer las letras de la carta vuelvo a abrazarte y a llorar un poco nuevamente contigo, vuelvo a intentar que sonrías y escribo este breve testimonio de tu vida, porque aunque no te atrevas a levantar tu brazo y pedir auxilio, sé que a través de esta historia tu voz será por fin oída. Sé que pronto ha de darse el despertar de los que te rodean y el abrazo tangible que tanto necesitas. Sólo pido ese abrazo para ti.

Epílogo:

Al cierre de esta segunda edición, han pasado doce años de esta historia. Los niños crecieron, Sara maduró logró ser profesional y mantener a sus hijos. Ahora Susana es una linda joven y su hermano un adolescente. Sara tuvo que enfrentar hace poco las muertes de su padre y su madre. Quienes la apoyaron siempre. Nuevamente cayó en depresión y me buscó. Está intentando salir de ese hoyo de tristeza asida de su fe.

Notas

[1] Santa Biblia. Romanos 8:38—39

[2] Salmo 61:1—3



LAS SOBREVIVIENTES

UN CAMINO DOLOROSO

“Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás”. (Salmos 50:15)

Susana se encerró en su habitación temblorosa. Luego de cerrar la puerta se dejó caer sobre el piso de madera y lloró amargamente. Una vez más lo había hecho. A pesar que cada vez que sucedía se prometía a sí misma tener más control. Una vez más los cuerpecitos de sus dos pequeñas hijas habían recibido sus golpes. Una vez más, ellas habían pagado doblemente su cuota de dolor.

Es que ya no sabía de qué formas lidiar con la amargura y la angustia. La frustración se había apoderado de su vida desde aquella noche en que un hombre ebrio le arrebató la de su esposo. Ella lo amaba tanto y sentía que no estaba preparada para afrontar la gran responsabilidad que de pronto asumió sola con dos pequeñas de ocho y nueve años. Ellas

deberían crecer fuertes así que Susana consideró que el mejor camino para endurecerlas sería el rigor, los gritos y los golpes.

A veces reflexionaba y esos cuerpecitos débiles, esos rostros bañados por las lágrimas la conmovían profundamente. Entonces se encerraba en su habitación y descargaba en el llanto todo el odio acumulado que sentía por la vida. Y siempre terminaba culpando a Dios. A un Dios que cada vez estaba más ausente y distante.

MEJOR LA MUERTE

“No me dejas conciliar el sueño, tan turbado estoy que ni hablar puedo”. (Salmos 77:4)

Susana sentía las manitas de sus pequeñas en las suyas mientras caminaba por el puente. Aún latían y estaban tibias, pero pronto el pulso se apagaría y el calor sería reemplazado por las heladas aguas del río.

Por un momento se sintió tentada a recordar la profunda alegría que experimentó con el nacimiento de cada una de ellas. El milagro de la vida que sintió en aquellas dos ocasiones en sus brazos, el primer llanto, el primer beso y la forma como las empezó a proteger maternalmente. Pero entonces también estaba él, su esposo, rodeándola con su amor y su ternura compartiendo aquella dicha indescriptible. Pero hacía cuatro meses que había muerto atropellado por un hombre irresponsable y de pronto las tres habían caído

en un pozo oscuro de dolor. Una depresión profunda no le permitía ver más allá.

Bajo sus pies unos metros abajo, el río corría caudaloso. ¿Dolería mucho? ¿El dolor físico sería acaso superior al que estaba sintiendo en ese momento en su alma? Ya no podía seguir luchando, mejor que esa vida de ausencia, sería la muerte. Sí, mejor morir las tres y de una vez acabar con todo eso. Y hacerlo rápido antes que las niñas pregunten por qué las había llevado sin ninguna explicación a ese lugar y por qué miraba de esa forma el río.

Susana empezó a calcular la forma de saltar hacia abajo. Agarraría fuertemente las manos de las dos niñas y de un solo impulso caería arrastrando a sus hijas. Al caer esperaba que murieran del impacto y sin duda serían arrastradas por el río. Pero de pronto un pensamiento fugaz vino a su mente. ¿Sería realmente capaz de arrastrar consigo a sus hijas? ¿Y qué sucedería si solamente ella caía y las niñas no? Y si caían las tres como había planeado, ¿sería posible sobrevivir aún? Tal vez alguien podría rescatarlas, y entonces las niñas quedarían totalmente desamparadas en esta vida cruel sin padre y sin madre.

¿Dónde estaba el alma de su esposo en aquel momento? ¿Qué le hubiera dicho él, si pudiera verla, así envuelta en una desesperación tan grande que la arrastraba como una corriente caudalosa hacia la sin razón? ¿Es que acaso ya no estaba muerta? ¿No era

aquella situación de soledad, aquel futuro incierto, un tipo de muerte también? ¿Acaso no se había convertido su vida y la de sus hijas en un infierno?

Susana miró una vez más el río, sin duda sus lágrimas aumentaron aún más el caudal.

CUANDO LAS VOCES DE UNA NIÑA Y UNA JOVEN CONFLUYEN

“Desde mi angustia clamé al Señor, y él respondió dándome libertad”. (Salmos 118:5)

Sé que si miro hacia atrás volveré a ver su rostro y su mano diciéndome adiós, y otra vez sería capaz de escarbar más profundamente en el recuerdo hasta oír su voz susurrándome al oído:

—Volveré en un mes y por fin estaremos juntos.

La niña de ocho años respondió con alegría susurrando al oído de su padre:

—Me traes muchas cositas.

Ambos rieron y un beso selló esa tierna conversación.

Por años grabé en mi memoria esta escena. No solamente como un preciado recuerdo sino como una realidad a la que me negaba a darle un final. Pues era tan difícil aceptar que el mes pasaría sin su retorno y que después de todo eran verdad las palabras de la psicóloga del colegio que nos anunció a mi hermana y a

mí que nuestro padre había fallecido en la madrugada en un accidente automovilístico.

—Que esa señora se calle. Me taparé los oídos para no escuchar su voz. ¿Cómo se le ocurre decir semejante mentira? Si papá me prometió ayer que en un mes volvería, que ya no se iría y que por fin estaríamos juntos. Esperaré que pase el mes y entonces cuando él regrese le gritaré a la cara que es una mentirosa.

Entonces empecé a llorar. Era algo tan incomprensible y duro para una niña de ocho años. Jenny solamente tenía nueve, pero era más fuerte. Recuerdo que mi hermana me abrazó y me dijo:

—No llores.

¿Cómo es que ella podía contener el llanto? Quise ser fuerte también, así que bloqueé mis emociones pero solamente hasta llegar a casa.

En casa estaban mis tías, todas lloraban y nos abrazaban. ¿Dónde estaba mamá? ¿Tal vez también había muerto y nos habíamos quedado solas para siempre? Lloré, lloré y lloré. Jenny fue a la habitación de mamá y encontró el uniforme de policía de papá manchado de sangre. ¡Sangre, lágrimas, dolor, eso era la muerte! Entonces, ¿era verdad? ¿No volvería? ¿Qué había sucedido con él? ¿Dónde estaba su cuerpo?

No vimos su cuerpo. Mamá consideró que éramos demasiado pequeñas para ir al funeral. Que nos